

VIVIENDO [EN] LA UNED

Hace poco más de una década que descubrí esta universidad. Mi primera aproximación fue casual e insegura. Tras casi veinte años distanciado del mundo académico, iniciar mis estudios universitarios se convirtió, a la vez, en una quimera, en un reto descabellado y, por qué no, en un salto al vacío.

Trabajar, vivir y estudiar pasaron a ser las nuevas realidades de mis días y no siempre fueron fáciles de conjugar. Pronto descubrí que, mi nueva experiencia y necesidad, eran un rol compartido por muchos de aquellos que me rodeaban en los pasillos de mi Centro Asociado. Allí dejaba de ser aquella persona extravagante que, a sus treinta y cinco años, había decidido dedicar una parte de su poco tiempo libre a mejorar su capacitación y su formación.

Desde el comienzo me sentí un estudiante universitario pleno. Las clases y mis nuevos compañeros se convirtieron en algo habitual; el ritmo frenético de las tutorías, de las PEC, de los cursos virtuales y de la plataforma ALF atropellaron mi tranquila vida familiar. Mis largos ratos de lectura de novela histórica y de ensayos fueron desapareciendo y mis antiguos volúmenes quedaron arrinconados y sepultados por libros de prehistoria, de geografía o de historia del arte.

Y así, mes a mes, examen a examen y curso a curso, aprendí a vincular una parte de mi vida al placer de aprender, al disfrute del conocimiento adquirido y a la satisfacción por estudiar. Mientras, mi mujer, mi familia, mis amigos y mis compañeros se acomodaban y se acostumbran a mis unidades didácticas, a los calendarios de exámenes, a mis largas horas de estudio y, sobre todo, a mis ausencias.

Mis padres, orgullosos -por mi esfuerzo- y celosos a la vez -por el tiempo hurtado-, aprendieron a vivir mis ausencias continuadas con una generosa normalidad sempiterna, justificando las inasistencias de su hijo -el estudiante-, y buscando con gran complicidad los días más idóneos para cada celebración familiar. Los amigos, a su manera, también se sumaron a mis estudios y, así, las cenas en la sociedad se fueron trasladando y posponiendo al calendario que establecía la universidad. Igualmente ocurrió en el trabajo, primero José Luis, más tarde Pipi y ahora Salva aprendieron a convivir con la *Historia de la América Española*, con la *Geografía de los Grandes Espacios Naturales* o con el *Arte de los siglos XIX y XX*, mientras sus vacaciones bailaban al son de mis pruebas presenciales.

Nuestra vivencia estudiantil diaria nos hizo conocer a fondo nuestra universidad, percibimos sus profundas transformaciones tecnológicas así como sus cambios metodológicos. Comprobamos simultáneamente sus fortalezas y también, cómo no, sus grandes desajustes.

Vivimos en primera persona la crisis económica y cómo, ésta, establecía su propio espacio entre nuestros compañeros. El desempleo o los mal llamados “ajustes del mercado laboral” provocaron la desaparición forzosa de estudiantes veteranos. A la vez, el Centro se llenaba de nuevos rostros jóvenes que aterrizaron allí ante la falta de oportunidades y demandas de trabajo. Y así, de esta manera, la comunidad estudiantil de nuestro Centro Asociado de UNED-Pamplona creció mucho y, además, muy deprisa. Se convirtió en un crisol repleto de distintas edades, razas, vivencias y, sobre todo, de diferentes necesidades.

Estudiar en la UNED nos hacía iguales en las aulas: realizar trabajos individuales o de grupo, intercambiar apuntes, compartir esfuerzo diario, etc. Sin embargo, los resultados se disociaban muy pronto ante la diversidad de nuestros compromisos y nuestros entornos personales: abuelos y abuelas con responsabilidades de padres; padres y madres cuidando hijos y abuelos; trabajos con horarios poco flexibles y mujeres con niños pequeños. Nuestra semejanza en las aulas se quebraba y desaparecía ante las diferentes realidades vitales.

Todos estos motivos han ido provocando la aparición de divergentes demandas académicas y tecnológicas. Para algunos estudiantes las tutorías presenciales representan un puntal en su preparación y en su programación, que además refuerzan la exigencia y el ritmo universitario. Otros, prefieren no acercarse por el Centro Asociado para nada y demandan clases grabadas por los equipos docentes de la sede central y por los tutores que puedan ser visionadas a cualquier hora y desde cualquier soporte informático en la plataforma virtual. Diferentes experiencias y numerosas adaptaciones reclamadas en una universidad plural y en un mundo inmenso de más de doscientos mil estudiantes, donde cada uno vive unas circunstancias individuales personales e intransferibles.

Yo, nueve años después de terminar el Curso de Acceso finalice mi licenciatura de historia. Mucho tiempo, sin duda. Años repletos de esfuerzos, de renunciaciones, de malos momentos, de situaciones de crisis pero también de aprendizaje continuo y de enriquecimiento personal. Nueve largos años de nuevas amistades, de lazos permanentes y de compañeros y personas que formarán ya, siempre, parte de mi vida.

Ahora recién titulado y mientras inicio nuevos estudios en esta casa, creo que aquel objetivo prioritario de hace más de diez años: ser titulado universitario, ha perdido una gran parte de su importancia inicial. Estoy absolutamente convencido que esta universidad me ha dado muchas cosas tan importantes como mi merecido reconocimiento académico. Me ha permitido ser una persona más crítica ante las diferentes realidades de mi vida; más paciente y más respetuoso ante las divergencias con las que convivo, más abierto en el manejo de la tolerancia, más solidario en la ayuda a los demás y más comprometido con mis empeños.

Por eso, esta gran universidad también se ha convertido en mi casa. Por eso, vivo la UNED. Por eso, vivo en la UNED.